

André Frossard y los jóvenes conversos de Barcelona

El escritor André Frossard fue uno de los jóvenes dirigentes del Partido Comunista francés a principios del siglo XX y un ateo convencido. Pero en 1935 (tenía 20 años), su vida cambió cuando entró en una iglesia a cuya puerta había quedado con un amigo, cansado de tanto esperarle. Relata así ese encuentro: "Habiendo entrado a las cinco y diez en una capilla del barrio latino de París para buscar a un amigo, me encontré saliendo a las cinco quince en compañía de una amistad que no era de esta tierra"¹. La fe abrazada (objetiva y subjetiva) pasó a ser lo más importante para Frossard. La abrazó cada día con mayor fuerza hasta el final, y eso que cuando se convirtió, sus padres lo llevaron a un psicólogo que les dijo que tenía la "enfermedad de la espiritualidad", pero que se pasaría en pocos meses... Si recogiésemos los relatos de conversiones inesperadas y aparentemente inexplicables que, como la de Frossard, se han dado a lo largo de la historia, no tendríamos biblioteca donde reunirlos.

Los delegados episcopales de primer anuncio, catequesis y catecumenado de las diócesis españolas tuvieron la suerte de escuchar en febrero de 2023 en Barcelona el testimonio de un buen grupo de jóvenes conversos que, habiendo vivido completamente lejanos de la fe cristiana y de la iglesia desde que nacieron, tuvieron en un momento determinado un verdadero y significativo encuentro con Cristo, parecido al del famoso André Frossard, o al de nuestro filósofo García Morente, que les llevo a iniciarse como cristianos, y a participar a continuación en el catecumenado de adultos, para recibir en su día los sacramentos de la iniciación cristiana, y vivir sostenidos y acompañados por la comunidad cristiana como discípulos-misioneros de Cristo.

Aquellos relatos de conversión tenían, en medio de grandes diferencias vinculadas a las circunstancias personales, familiares y sociales de cada uno de ellos, muchos aspectos comunes. A saber: en primer lugar, todos ellos eran lejanos -ni siquiera alejados- y aunque habían oído hablar de Jesús de Nazaret y de la Iglesia, las referencias que tenían antes de su conversión eran lo suficientemente vagas -entre mínimas, insustanciales, y clichés despectivos- como para no haber suscitado ningún interés. En segundo lugar, todos ellos furtivamente tuvieron un encuentro con Cristo en el contexto de momentos críticos de su juventud, relacionados con situaciones de decepción, de confusión, o de interrogación ante los "límites vitales" de personas cercanas a ellos (pobreza, enfermedad, muerte...) o, sencillamente, ante las preguntas existenciales inseparables de la conciencia humana (de las que ya hemos hablado en los primeros capítulos de esta reflexión). En tercer lugar, todos ellos vivieron este encuentro sin que se diese una mediación eclesial directa, es decir, al margen de cualquier proyecto pastoral objetivamente dirigido a los lejanos.

Las dos primeras notas comunes son sin duda muy interesantes y elocuentes en cuanto se relacionan con un factor fundamental de la evangelización, a saber, que si bien la fe entra por el oído (Cf.: Romanos 10,17), la nostalgia de la fe anida en el corazón de todos los hombres, en el ADN de la condición humana. Y no siempre en la perspectiva de la Evangelización se tiene en cuenta suficientemente este hecho, esta condición, motor de búsqueda imparable de muchas conciencias, que, desde la insatisfacción del eclipse de Dios, y el anhelo de verdad, bondad y belleza mayúsculas que llevan a la búsqueda de Dios, es capaz de tirar los muros de la secularización, la apostasía silenciosa, el eclipse de Dios, y la indiferencia y la prescindencia religiosas más arraigadas.

Pero la tercera nota común es especialmente importante para entender bien los desafíos de la Nueva Evangelización en general, y de ésta, en relación con los alejados, pero sobre todo con los más lejanos de la fe. A saber, que nosotros no llevamos a Dios, que Dios ya está en ellos. Que nosotros, a lo sumo, podemos ayudarles a despertar esta presencia, reconocida a modo de nostalgia, o de "infancia remota", previa a los meses de gestación en el seno materno, y que se pierde en la infinitud del tiempo, desde que fuimos soñados por Dios. Muchos turistas entran en las iglesias para contemplar su arte, refugiarse del frío o del calor, o descansar un poco en los bancos. Un día uno entró en una parroquia y le dijo al que estaba sentado a su lado: "tengo la sensación como de volver a casa, a una casa en la que nunca he estado. No se porque, pero aquí se esta bien". Y quien estaba a su lado le dijo: "Es la nostalgia de Dios, porque aquí te sientes querido".

¹ ANDREA FROSSARD. *Dios existe. Yo me lo encontré*. Rialp. Madrid 2014, p. 3.